

Stevenson

Jaime Sánchez Ratia

El año 1892 fue el primero que Robert Louis Stevenson pasó completo en Samoa. Instalado en su fastuosa casa de Apia (Upolu), a la que había puesto por nombre *Vailima* (en polinesio ‘los cinco torrentes’), agasajado por sus habitantes, honrado por su rey –que le impondría el famoso título de *Tusitala*, ‘el que cuenta cuentos’–, superados un par de gravísimos ataques de hemoptisis, que no consiguieron que “*la loba de su chepa*” –nombre con el que Stevenson tuteaba jocosamente a la Parca– se lo llevara, hombre famoso en todo el mundo y novelista cotizado, dio comienzo a un sorprendente relato, cuya publicación iba a correr a cargo del *Illustrated London News* que, según feliz costumbre de la época, lo imprimía por entregas. Cada resma, corregida y seca, cruzaba los mares en un modernísimo vapor y, en un par de meses, vía Sidney y Auckland, aparecía sana y salva sobre el escritorio de un tal Clement Shorter, a la sazón editor del *News*, publicación que tenía en nómina a plumillas como Thomas Hardy, Mark Twain o Henry James. Stevenson, en este singular relato, que titularía *La Playa de Falesá*, cuenta cómo un comerciante de copra se casa con una bella nativa, a la que, no sabiendo leer ni jota de inglés y convencida de que un matrimonio no es válido sin su correspondiente documento –pues ya los misioneros andaban por Samoa–, le da un certificado de matrimonio que dice: “*Por la presente se certifica que Uma, hija de Faavao, de Falesá, isla de ... está ilegalmente casada con el Sr. John Wiltshire por una noche, y que el Sr. John Wiltshire goza de pleno derecho para mandarla al infierno a la mañana siguiente*”.

Al editor del *News* le pareció blasfema semejante burla de las rectas instituciones maritales, pero no se atrevió a casar a los personajes por la Santa Iglesia anglicana y pidió permiso al escritor –a vuelta de vapor– para enmendar el certificado, de forma que leyese: “*(...) ilegalmente casada... por una semana*”. Stevenson se tragó el sapo: “*Vale; vale, si el tipo prefiere una semana, está bien, le doy diez días, pero el documento original, al que me ha atenido a pies juntillas, decía un día*”. (Al parecer, el papel era real y constaba en poder del escritor, que lo guardaba como oro en paño en su colección de curiosidades polinesias.) Cuando su agente en Londres, Sidney Colvin, tuvo entre sus manos el *Illustrated London News* correspondiente al 2 de julio de 1892, no lo introdujo, cual era su costumbre, en la saca de correo que

regularmente hacía llegar a su representado, al otro lado del hemisferio. Solo gracias a un ejemplar que llegó a Samoa casualmente –en el equipaje de la Condesa de Jersey– el escritor pudo comprobar, entre accesos de tos e ira, que el editor había suprimido por completo el certificado e insertado en su lugar la siguiente frase: “*¡Menudo certificado era!*”. [Todavía algunas traducciones españolas de este cuento (la de *Alianza*, sin ir más lejos) dan al chusco documento validez de una semana. La primera edición inglesa en la que el texto original aparecía restituido no vería la luz hasta 1956.] Para la mojigata sociedad inglesa aquello era demasiado.

Es solo una anécdota, pero muy elocuente, ya que explica la presencia de un escocés de buena cuna, nacido en el brumoso Edimburgo, a diez mil millas de su patria y da una idea de porqué Stevenson decidió vivir el resto de sus días *marooned* [término marinero que quiere decir ‘abandonado en una isla’] –como el bueno de Ben Gunn– en una isla del Pacífico. Existía, entre el escritor y los modos de vida ingleses, una cierta incompatibilidad. Además, sus enormes éxitos de ventas en América le habían granjeado, en círculos literarios londinenses, una enorme animosidad: vendía demasiado. Sus cartas encomiando la vida samoana, rebosantes de jovialidad y de ganas de vivir, doradas por el sol del Pacífico, añadían resquemor a la envidia. Salvo Henry James, todas sus amistades londinenses, incluido su amigo Henley –modelo de su mítico John Silver– estaban hartos de él. Y luego estaba su salud.

Stevenson era tuberculoso –si bien hay quien mantiene que lo que realmente aquejaba al escritor era una enfermedad bronquial, más aparatoso pero menos maligna– y ello le llevó a recorrer medio mundo en busca de aire: Inglaterra, Francia, Suiza, Italia, Norteamérica, Hawaii y, por fin, Samoa, donde moriría, ironías del destino, de un derrame cerebral. El escritor escogió Samoa por ser, de todos los archipiélagos polinesios, el mejor comunicado con Europa. No hay que olvidar que Stevenson ya firmaba adelantos de 1.500 dólares americanos de la época, una suma astronómica, con los que se permitía machadas como fletar una goleta con tripulación y todo –la *Equator*– y hacer un viaje de ocho meses él y su, como la calificó en cierta ocasión, “*más o menos inocente y atractiva familia*”. Su economía le obligaba a permanecer en la mejor comunicación con su agente. Además, Stevenson escribía todos y cada uno de los días en que se podía tener en pie y muchos de los que no: gran parte de su obra está redactada en la cama. Los Mares del Sur, para él, no eran solo un lugar mítico –del que probablemente atesoraba ensueños infantiles imborrables de su lectura de *La Isla de Coral*, de R.M. Ballantyne (1858), obra famosísima durante su niñez y hasta bien entrado el presente siglo– sino también un sitio en el que podía escribir más que en cualquier otro clima, vivir rodeado de criados, tener a Fanny, a Lloyd, a Belle y a su propia madre absolutamente dedicados a su persona –egocéntrico como era hasta decir basta– y, al tiempo, mantenerse alejado de su padre, con el que siempre mantuvo una relación muy difícil. Descendía de una ilustre familia de ingenieros especializados en ¡la construcción de faros! Que un padre reservase a un hijo nómada un destino de baliza no podía sino constituir una

fuente de fricciones. Testimonios propios y ajenos convergen en asegurar que Stevenson pasó su adolescencia muy pegado a su madre y que el padre era un ser ausente incluso cuando estaba presente, lo que no sucedía a menudo. Fanny Osbourne, su mujer americana –que en las fotos polinesias, tantas, siempre aparece malhumorada y dominante– fue para el escritor un sustitutivo de la figura materna. Era varios años mayor que él. Durante mucho tiempo, la literatura fue para Stevenson un juego adolescente, en el que gozaba de la complicidad de su hijastro, Lloyd Osbourne, y de la contrita condescendencia de Fanny. Las cosas cambiaron en Samoa. Los Mares del Sur fueron para Stevenson el final de una riquísima escapada introspectiva. El periplo vital de Stevenson, seguido a través de su obra literaria, es el de la reconstrucción de la realidad femenina. Es una evolución fácilmente rastreable a través de sus personajes. Desde *La Isla del Tesoro*, donde, a decir del propio Stevenson, las mujeres “quedaban excluidas”, hasta *Weir de Hermiston*, su novela inacabada, o la misma *La Playa de Falesá*, hay un largo trecho. La fría y plana caracterización de sus primeros personajes femeninos, la Miss Alison Graeme de *El Señor de Ballantrae*, o la misma Miss Grant de *Catriona*, contrastan vivamente con la riqueza y profundidad de las dos Kirsty Elliot de *Weir de Hermiston* –obra en la que al parecer Stevenson se decidió por fin a abordar sus complejas relaciones familiares y especialmente paternas– o con la Uma de *La Playa de Falesá*. Por primera vez, sus mujeres se deshacen de su vaporosa inconsistencia edípica y maternal, y se tornan personajes reales, con características carnosas propias, dueñas de facciones en propiedad. El mismo escritor era consciente de ello: “*La Playa de Falesá*, por primera vez en mi obra, se beneficia de la presencia de una mujer bonita. De hecho, Uma lo es: todas mis otras mujeres eran más feas que un pecado...” [The Beach of Falesá, NY 1956, pág. 12] Poco antes de su muerte, Stevenson comunicó a su esposa que se preparaba para escribir una novela –titulada *Sophia Scarlet* y ambientada en Hawaii– con personajes casi exclusivamente femeninos. No es casual que muchos críticos valoren más sus obras tardías, prefiriéndolas incluso a las que le dieron fama y dinero. En las primeras, la huida –espléndidamente disfrazada de acción– deja paso, en las últimas, a la reflexión y la introspección. Además, Stevenson, en los Mares del Sur, se sedentariza y se hace propietario. En los daguerrotipos samoanos lo vemos instalado (como un *frontiersman* del Oeste, pero empuñando una pipa en vez de un rifle) a la puerta de su casa, meciéndose tras una decena de criados sentados sobre la tablazón del pórtico. Nada más lejano a otras estampas suyas de juventud, siempre de pie, siempre consumido por no se sabe qué fuego interno, con ojos febres y piernas y brazos inverosímiles por su delgadez. Hacia 1890, Stevenson era ya un hombre maduro, un escritor sedente, capaz de escribir, en duras jornadas de ocho horas, libros como *La Playa de Falesá* –según él “la primera obra realista sobre los Mares del Sur”–, una inteligente reflexión sobre la extraña cotidianeidad del lugar con el que tantos europeos soñaban. Fueron los Mares del Sur, el lugar al que todo hombre pertenece, la topografía –y quién sabe si la causa– de su mutación.

El destino de Stevenson –terrible, como el de casi todos los creadores– fue que le sorprendiera la muerte justo cuando había llegado al nudo de su cuestión, cuando empezaba a desmontar los engranajes y bielas de su maquinaria creadora y vital. Dicen que los dioses no dejan que nadie desvele su secreto sin tomarle la razón o la vida. Así fue en el caso de Stevenson. “*¿Tengo aspecto extraño?*”, preguntó a Fanny antes de desplomarse sin sentido en la galería de su casa, mientras preparaba una salsa. No sabemos qué contestó esta. Quizás nada, pues ¿hay algo más extraño que un británico, paradigma del nomadismo, levantando una mayonesa en una isla de los Mares del Sur?